

posguerra gracias a un tratado de neutralidad, que le permitió, entre otras cosas, evitar la partición en zonas que para Alemania ha llegado a convertirse en un destino definitivo. La cesión de un punto de parada para los emigrantes judíos estaba hecha de acuerdo con la URSS, pero nunca para ser utilizada contra ella.

Por otra parte, el gobierno austríaco tenía noticias de que estaba ocurriendo algo turbio con estos emigrantes. No todos deseaban ir a Israel; una gran parte quería encaminarse a otros países, muy especialmente a los Estados Unidos, donde tenían parientes. Sin embargo, eran objeto de una presión especial en el interior del castillo. Por una parte, los cónsules de Estados Unidos retrasaban indefinidamente la concesión de autorizaciones para la entrada en su país; por otra, agentes israelíes y de la CIA presionaban para que estas solicitudes fuesen retiradas y los emigrantes se encaminasen hacia Israel.

Finalmente, el gobierno austríaco había pedido a otras naciones europeas que le ayudasen en esta cuestión del tránsito, bien recibiendo contingentes de judíos de la URSS, bien económicamente. No había obtenido respuesta, y resultan ser estas mismas naciones —principalmente, los Estados Unidos— los que ahora atacan a Kreisky por su «falta de humanidad».

La decisión del gobierno austríaco, por cuyo territorio han pasado ya 160.000 judíos soviéticos desde 1969 —cifra que desmiente relativamente las informaciones de que la URSS no da permisos de salida a los judíos—, es la de no considerar grupos organizados a los emigrantes, sino viajeros individuales, y negar así todo derecho de extraterritorialidad que podría convertir a Austria en «un frente más de Oriente Medio», según ha declarado Kreisky, al mismo tiempo que daba la sensación de que la política exterior de su país se inclinaba hacia un solo sector. Estos judíos serán considerados como viajeros en tránsito y se exigirá que el tránsito sea lo más breve posible; pero aquellos que manifiestan a las autoridades austríacas su deseo de ir a Estados Unidos o a otro país, serán autorizados a estar en Austria el tiempo necesario para que obtengan sus visados, sin recibir presión ninguna para que vayan a Israel. Por otra parte, acepta la creación de un campo de emigrantes siempre que esté bajo la jurisdicción de la Cruz Roja Internacional, y bajo su responsabilidad, pero no controlado por un comité intergubernamental, como le había sido propuesto.

La decisión de Kreisky ha sido

dura para él: Kreisky es judío. No de religión —es agnóstico—, sino de familia. «Estoy contra el racismo —declara—, pero rechazo también el racismo judío. Mi país es Austria, y no puede ser ningún otro». Y dice que cuando se entrevistó con Golda Meir, explicó a la primer ministro de Israel que «Austria e Israel son dos mundos completamente distintos». Otro problema delicado es que Austria fue durante siglos un país con discriminación racial, donde los judíos vivían sin ser molestados —hasta el «Anschluss», o incorporación a la Alemania nazi, en el que fueron perseguidos, deportados y asesinados—, pero con ostensibles separaciones de clase social. Ahora han vuelto a aparecer en Viena letreros que dicen «Juden Raus», «Fuera judíos»: Kreisky cree que se trata de una provocación realizada por los propios judíos o quizá por los antisemitas que pretenden desplazarle a él del gobierno por su propia raza.

Además de la enemistad de la gran prensa y los medios de información de todo el mundo, Kreisky ha recibido amenazas directas. Cuando recibió a los periodistas para explicarles su punto de vista acerca de esta cuestión, blandió una de ellas y luego la leyó. Está firmada por la Liga de Defensa Judía, Secretariado Internacional, y en ella se dice: «Su decisión de rendirse ante el terror puede conducir a un antiterrorismo judío en todo el mundo, lo cual puede ser bastante desagradable». De hecho, algunas embajadas u oficinas austríacas en países occidentales han recibido ya amenazas, y están siendo protegidas. En Nueva York, unos cien miembros de la Liga de Defensa Judía lanzaron huevos y bataras contra un edificio de la calle 68, creyendo que estaban atacando a la Legación austríaca, que, en realidad, se había mudado de casa seis meses antes; fue arrojada pintura roja contra la Oficina de Turismo de Austria, en cuya fachada pintaron la estrella de David, y realizaron también ataques contra las oficinas de la Aeroflot (compañía soviética de aviación).

Las razones por las cuales Bruno Kreisky ha recibido una adhesión considerable por parte de la población de su país están claras: ha resuelto sin sangre un acto guerrillero, ha evitado un foco permanente de peligro para su país y ha mantenido una política exterior firme frente a presiones internacionales, especialmente la visita de Golda Meir y las presiones de Estados Unidos, sin dejar por ello de prestar ayuda a los judíos que van en tránsito desde la URSS hacia Israel o hacia cualquier otro país, y sin comprometer las relaciones de Austria con la Unión Soviética. ■ J. A.

Leo que los polos de desarrollo están pasados de moda, y lo creo, porque lo escribe "Economía Industrial", órgano del Ministerio de Industria, que es el "Vogue" de estas modas. Me gustaría tener una voz de Eclesiastés para colocar una elegía de la de "pulvis eris". O una voz de Ronsard para lo del "espace d'un matin" que dura la rosa. Lo

que se lleva ahora es el lenguajillo, y en el lenguajillo, o jerga, se nos dice que los polos están "abocados a una vida lánguida", "progresivamente empobrecidos en sus posibilidades los dos últimos (Sevilla y Vigo) por graves problemas de infraestructura". Esto es: que han salido mal. Esta política "se considera ya terminada, para dar paso a la creación de ejes de desarrollo". El polo ha muerto, viva el eje.

La moda ha pasado... Agarrémosnos al dulce eufemismo. "Todos los indicios dejan ver que los polos han pasado de moda...". ¡Tiempo de modas! O de modos, o de maneras (¿dónde están los tiempos del estilo?). A veces, las modas vuelven. Leo que en Libia la revolución joven del coronel Ghaddafi resucita una "moda" de hace mil cuatrocientos años: la lapidación de los adulteros. Imagino algún país donde, si se implantase esa ley, sus habitantes se apedrearían unos a otros hasta la total despoblación. No quedaría nadie. Todos muertos. ¿Qué pasaría aquí? Aquí, el que está lleno de pecados, tira la primera piedra. Y la última. ¿Quién colocó la primera piedra del primer polo de desarrollo? ¿Quién lo lapida ahora?

No son preguntas realmente interesantes. Tienen un carácter acusatorio, inquisidor: son también, por lo tanto, frutos de una moda. Estamos en una época aficionada a buscar culpables, y sabiamente adiestrada en no encontrarlos. Los culpables son siempre abstractos, genéricos y abstractos. Como las infraestructuras. O la ecología, la po-



## LOS POLOS DE DESARROLLO Y YO

lución, la ahistoricidad, el miedo, la atonía, la suspensión, la sociedad. Siempre que veo estas acusaciones genéricas pienso que, al final, el culpable seré yo. Uno de los grandes hallazgos de la sociedad contemporánea —y no pienso sólo en la española: la española sigue una "moda" que viene de más allá, en el tiempo y el

espacio— es la de la autoculpabilidad. Diríamos que viene de la utilización no religiosa de la terrible combinación entre libre albedrío y pecado original. Las sociedades modernas nos individualizan, nos responsabilizan, y al mismo tiempo nos explican que siendo malos —si no de maldad, connotación religiosa, si de calidad, connotación política—, todo irá por lo peor en el peor de los mundos posibles. Lo estamos rompiendo todo, y todo lo romperemos, a menos que... A menos que cedamos algo en nosotros mismos, que nos castigemos a nosotros mismos. Pocas combinaciones como esta son tan capaces de engendrar neurosis.

Por lo pronto, no está excluido de ninguna manera que yo vaya a ser culpable de este mal funcionamiento de los polos de desarrollo. Lo que está planeado, no puede fracasar. Lo que fracasa es lo de abajo, lo infra, la infraestructura. ¿Y qué soy yo, qué es usted —si usted no es alguien— más que infraestructura? Quizá podría ser lo contrario, que viene a ser lo mismo, como siempre pasa: superestructura. Lo que no parece que seamos ni usted ni yo es estructura, porque la estructura nunca se equivoca: simplemente, es, y siendo le basta. La "moda" es siempre una superestructura; es ella la que cambia, la que pasa, la que se olvida o la que vuelve, para marcharse de nuevo. Los problemas siempre surgen en la infraestructura, en la base, en lo de abajo. La superestructura es frívola y obvia, la infraestructura es débil y movédiza. ■

POZUELO